

caridad, que es la que justifica; porque sólo el que permanece en la caridad, en Dios subsiste y Dios en él. Mas dejemos á Lutero para oír las tremendas aberraciones de Calvino.

II. Nacido Calvino en 1509, en Noyón de Francia, pudo obtener una capellanía á la edad de doce años; mas, abandonando la carrera eclesiástica, marchó á Orleans y Bourges para estudiar la carrera de jurisprudencia, teniendo la desgracia de tropezar con un maestro sectario de Lutero el cual trabajaba lo indecible por imbuir sus torpes creencias en sus discípulos. Calvino, ciertamente, fué víctima de ellas, y empezando á propagarlas con entusiasmo, y después de varias revueltas, desprecios y hasta persecuciones de los mismos soberanos, concibió el satánico proyecto de constituirse jefe de una reforma, no tardando mucho en causar los más graves trastornos, persiguiendo y acuchillando á todos los que impedían sus infames propósitos. La conducta privada de Calvino fué tan monstruosa, que en vez de ser quemado vivo, por cierto pecado abominable que perpetrara, fué conmutada aquella horrible pena con dejarse marcar las espaldas con un hierro candente.

He sentado estos precedentes con objeto de que se forme idea de cuáles serán las doctrinas propuestas por el Lutero de segundo calibre.

Acerca del dogma eucarístico enseña que si los católicos afirmamos que la Misa es sacrificio, disminuimos por esto mismo la virtud de la Pasión y Muerte de Jesucristo, porque juzgamos que el sacrificio de la muerte del Salvador no es suficiente para la remisión de los pecados.

Contra lo cual, necesario será que probemos que la Misa, por el hecho de ser sacrificio, no disminuye absolutamente en nada la virtud de la Pasión y Muerte de Jesús Nuestro Señor. Á la verdad; este divino Redentor de los hombres efectuó dos oblaciones: 1.^a, la noche de la cena, en la cual, consagrando el pan y el vino y convirtiéndolos en su real cuerpo y sangre, se puso bajo aquellas especies sacramentales como muerto, de suerte que, reconociendo el supremo dominio que su Eterno Padre ejerce sobre todo lo existente,

se anonadó de tal modo que se ofreció á sí mismo como víctima por los pecados de los hombres. Según esto, Jesucristo Nuestro Señor no se sacrificó una sola vez, sino dos; en la cena y en la cruz. En ambos sacrificios, una es la misma Hostia, uno es el sacerdote, y á uno mismo se dirige la oblación: luego el sacrificio es el mismo; pero siendo en el modo diverso, es consecuente que sean también diversos los méritos de cada uno de ellos; porque por el de la cena no fué redimido el género humano; por lo cual era necesario el de la cruz, en el que fué redimido. Mas como por una parte, Cristo, una vez muerto, no vuelve á morir (1) que por eso el sacrificio de la cruz no puede repetirse; y por otra, como dice Eusebio Emiseno, aunque Cristo se ofreció una sola vez por precio, era no obstante perpetua la oblación de la redención (2), he ahí que el sacrificio de la cena conviene se repita todos los días por diferentes sacerdotes, con el fin de que, según enseña Alonso de Castro, «por la Eucaristía, así como por los demás sacramentos, se aplique la virtud y el mérito de la pasión de Cristo al sacerdote celebrante, y á aquéllos por quienes se celebra. El Cuerpo y Sangre de Cristo se ofrece en la Misa en oblación incruenta al Padre, para satisfacción de nuestros pecados, por lo cual, convino que tal oblación se efectuase en la Misa, de tal suerte que pudiera repetirse, para que por medio de ella, pudiésemos cada día expiar los pecados que cada día cometemos y volvemos á cometer diariamente» (3). He aquí por qué los católicos, con llamar á la Misa Sacrificio no disminuimos la virtud y los méritos de la Pasión de Cristo. Lo repetiré; los sacerdotes no celebran el sacrificio del mismo modo que se celebró en la cruz, sino como tuvo lugar en la cena; y así como el de ésta no arrancó á aquél mérito alguno, de la propia manera el sacrificio que celebran los sacerdotes tampoco quita ningún mérito al del Calvario, antes bien los aplica admirablemente.

(1) Rom. 6.

(2) Serm. V de Pasbhat.

(3) Adver. hæc. lib. X.

Añade Calvino, con su acostumbrada temeridad, que el sacrificio de la Misa no llega á ser ni aun obra buena (1). Obsérvese hasta donde puede llegar una inteligencia obcecada por la malicia. ¡Afirmar que la santa Misa no es obra buena! Esto estremece. Para escribir semejante inmundicia, menester era que el diabólico espíritu impulsase la pluma de Calvino. Mas ¡oh miserable! ¿en tan poco aprecio tienes las obras de Aquél que te redimió con su propia sangre? Para combatir tu orgullo diré que blasfemaste. Pero dime: ¿Por ventura podrás negar que las oraciones que se rezan en la Misa son obras buenas? ¿Acaso lo que constituye su esencia, la consagración de ambas especies, es obra mala? ¿No la instituyó Jesucristo? ¿No mandó Él mismo que la practicaran sus sacerdotes? Si no te atreves á negarlo; ¿por qué insultas de ese modo al mismo Dios autor de la Misa? Tú mismo te condenas y pones en ridículo tu doctrina...

Creo haber dicho lo suficiente para que el lector pueda formarse cabal idea de los delirios que los mencionados herejarcas fingieron, por lo cual pasemos á combatir á los sacramentarios.

III. Según hemos hecho mención varias veces, los novadores del siglo XVI tomaron casi todos sus funestos errores de los que cundieron en la Edad Media. La negación de la presencia del cuerpo real de Jesucristo en la Eucaristía, tan combatida por el famoso Berengario, de quien tuvimos ocasión de hablar en el capítulo intitulado *La Eucaristía y los Concilios*, fué resucitada por los mencionados herejes; pero éstos á su vez se dividieron en tantas sectas, como cabezas las gobernaban, resultando que, siendo hijos de un mismo padre, cada cual discurría según le convenía, poniéndose á sí propio en ridículo. Esto mismo da á entender, como hemos advertido otras veces, que sus conclusiones son infundadas y falsas.

I. Colocaremos en primer lugar á los *Tropistas*, quienes sostenían, con Ecolampadio á la cabeza, que en la Eucaristía no estaba el Cuerpo de Cristo, sino su figura.

(1) Art. 8.

II. Vienen en segundo lugar los *Enérgicos*, discípulos de Calvino y Melancton, afirmando que los que recibían la Eucaristía no tomaban sino la energía ó virtud del cuerpo de Jesucristo. Los *Arrabonarios*, discípulos de Stancaró de Polonia, admitían que por la Eucaristía sólo se daban las arras ó prendas del Redentor.

III. Los *Adesenarios* se subdividían en cuatro clases; unos defendían que Jesucristo estaba presente en el pan; otros, con el pan; quienes al rededor del pan; quienes, finalmente, debajo del pan. Los *Pastilarios* admitían como estos últimos que residía debajo del pan, mas de tal suerte, que se hallaba al modo de la harina en el panecillo.

IV. Sueneseldio, autor de los *Metamorfitas*, sostenía que, al subir Jesucristo al cielo, se transformó en Dios, de suerte que en la Eucaristía no está el Salvador como Hombre, sino como Dios. Los *Neutrales* negaban rotundamente que la Comunión fuera necesaria, ya bajo una, ya también bajo ambas especies.

V. En la última serie de sacramentarios cabe mencionar primero á los *Adiaforitas*, los cuales sostenían que todos los sacramentos son indiferentes para la salvación. Fueron denominados así, porque en griego, adiaforita significa *indiferente*. Es indudable que el peor de todos los errores consiste en ser indiferente, por la sencilla razón de que quien esto practica niega toda religión. Á semejantes necios preguntaría yo si también les son indiferentes el comer ó el pasar hambre, el dormir ó velar, el gozar ó el sufrir, el abundar ó carecer de todo.

Los *Bisacramentales*, *Trisacramentales* y *Cuadriscramentales* son los que respectivamente admiten dos, tres y cuatro sacramentos; todos ellos aceptan la Eucaristía entendida á su manera, pero lo que hacen con esto es negarla más pronto. Los primeros admiten con la Eucaristía el Bautismo solamente; los segundos confiesan que solos estos dos sacramentos y la absolución de los pecados son verdaderos sacramentos; los terceros defienden que existen únicamente cuatro sacramentos, á saber; los tres mencionados y el Orden.

¿Qué parecerá al lector tanta divergencia en unos mismos novadores y en puntos tan esenciales? Mas ¿qué le ha de parecer? Que estaban dementes, y que con sus mal llamadas creencias movieron á la más estrepitosa risa. Contra semejantes desdichados redactó la Iglesia un hermoso canon que subsistirá incólume en medio de todas las heréticas borrascas, y cuyo contenido es el siguiente: «Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Ley no fueron todos instituídos por Nuestro Señor Jesucristo, ó son más ó menos de siete; á saber: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Extrema Unción, Orden y Matrimonio, ó también que alguno de estos siete no es verdadero y propiamente Sacramento; sea excomulgado (1).

SIGLO XVII

I. Los *Jansenistas* eran cristianos en extremo hipócritas que enseñaban, sobre nuestro dogma, ser de muy poca utilidad para los fieles. Con objeto de lograr sus funestos planes interponían los medios que estaban á su alcance para impedir toda comunicación del alma con Jesucristo. Véanse más detalles en la Parte II de esta Obra: Edad Moderna.

SIGLOS XVIII Y XIX

I. Son tantos, tan enormes y generales los extravíos de la humana inteligencia en estos dos pasados siglos, tristes legatarios de su maléfica semilla en el nuestro, que es casi imposible reducirlos á guarismo. Sin embargo, podemos fijar su número en tres capitalísimos, correspondiendo el primer lugar á los *Indiferentistas* en religión. Nadie ignora que la Reforma protestante sembró la negra duda en las inteligencias dispuestas á girar á todo viento, y el triste excepticismo engendró la no menos fatal indiferencia en las ideas religiosas. Según ellas, el indiferente se halla respecto de la Religión como un despreciable memo ante la sociedad civilizada. Todo es verdad y todo es error,

(1) Trid. sess. 7, can. 1.

todo es bueno y todo es malo para el indiferente, cuando se trata del dogma y de la moral; y, por cierto, no hay estado tan lamentable como el del indiferente ante Dios, ante los hombres sensatos, y ante la propia conciencia. Para que uno de estos dormidos, pero universales herejes, se despierte á la conversión de su alma, precisa un fortísimo y certero golpe de la gracia divina. Fueron condenados por Pío IX en 10 de Junio de 1851.

II. Tras estos desdichados herejes vinieron los *racionalistas ó liberales* de diversos matices, quienes, unos más radicalmente que otros, divinizan de tal manera á la razón humana que la colocan muy por encima de la Razón divina, atreviéndose á constituir á aquélla como juez de ésta. Para ellos la razón humana no depende de la divina, y aplicando esta absurda y funesta teoría á todos los órdenes de la vida, comienzan por negar cuanto se les antoja, y acaban por entronizar el desquiciamiento social. Á la verdad, no existen hombres, mejor dicho, herejes más imbéciles, más antipáticos y más funestos que los racionalistas ó liberales; por algo nos amonestaba el inmortal León XIII que trabajásemos por hacer astillas el maldito árbol del liberalismo.

III. Descendientes en primer grado de unos seres tan repulsivos, como los precedentes, son los *masones ó francmasones*, á quienes podíamos denominar demonios humanos ó vicarios plenipotenciarios del infierno, los cuales no se proponen otra cosa *jangelitos!* que acabar con la Religión y el Estado cristiano. El masón no cree más que en su bien temporal particular, y en derredor de este fatal centro describe la circunferencia de su vida, tendiendo á prolongar de cada vez más el radio de la misma, ya que en beneficio propio, en perjuicio también de sus semejantes. Si aparenta creer en un bien general y en su consecuencia trabaja y se desvela, con celo digno de mejor causa, por la prosperidad de las logias, no es más que para que la confederación masónica apoye, ayude y defienda su bien particular, sin importarle un grano de polvo por la verdad y la justicia. En otro lugar hemos descrito ya el odio implacable y el furor desmedido que

muestran contra el santo Misterio de los altares, por lo cual no es preciso añadir nuevas pruebas en su confirmación. Y no es extraño, ¿qué ha de ser? como el masón es las tinieblas y Cristo la luz, como el masón es la mentira personificada y Cristo es la verdad por esencia, como el masón es la injusticia en acción y Cristo es la equidad constante, como el masón es la inmoralidad espantosa y Cristo es la santidad purísima: de ahí que el masón consiguientemente odie y persiga á Cristo en su nombre, en su acción y en su Sacramento. Pero, *Domine ut videant*, Señor: que vean.

CONCLUSIÓN

He terminado el presente Tratado con la ayuda de nuestro buen Dios Sacramentado á quien me he propuesto por objeto de estos estudios. Muchos han sido mis buenos deseos de probar el bello dogma de la Eucaristía por todos los medios y con todos los argumentos y pruebas posibles, mas no quedo completamente satisfecho, por haberme persuadido que resulta imperfecto mi trabajo. Ruego al caro lector, juez de mis escritos, perdone las faltas que en él hallare, y obtenga de su lectura algún provecho práctico, cual es todo mi anhelo, mientras que me encomiendo á sus fervientes oraciones.



TRATADO II

EL CANTAR DE LOS CANTARES APOYANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CONTINUACIÓN DE LA PARTE EXPOSITIVO-EXEGÉTICA
DE LA EUCARISTÍA

INTRODUCCIÓN

*Deus ad homines venit, et quod
proprius est, venit in homines.*
SÉNECA. Epist. 73.

Dios viene á los hombres, y lo que es
más natural, entra en los hombres.
SÉNECA. Carta 73.

Hay un libro en las Divinas letras, todo poético, todo dulce, todo sublime, al cual no cupo mejor epíteto que el de *Cántico de los Cánticos*. Procediendo del Espíritu Santo, su autor verdadero, y siendo redactado por el monarca Sabio, á quien fué dulcemente inspirado por Aquél, rebosa en todo su contexto, de ideas las más felices, de pensamientos los más ingeniosos y de fines los más sagrados y altísimos que la mente humana inventar pudiera. Corresponde al lugar santísimo de la Sinagoga, así como el Ecle-